

este asunto ha sido tan estraña que parece inexplicable: Bernard el clubista, el conspirador permanente es el que suministró el dinero á los que lo necesitaban, el que allanó todos los obstáculos, el que impulsó á sus cómplices á entrar en Francia y les marcó el objeto hácia el que debían marchar.

»Hé aquí los principales autores del complot. El objeto que se proponían era la muerte del Emperador; los medios eran numerosos. Los de Mazzini habian sido juzgados insuficientes. Orsini le censuraba haber enviado inútilmente á la muerte á muchos de sus amigos. Y añadía: Yo, yo mostraré lo que sé hacer.

»Vamos á ver, pues, lo que saben hacer. En esta lucha tenebrosa entre estos dos genios del mal, vamos á ver lo que hará el mas audaz. Orsini no se limitará á armar la mano de un asesino; es necesario que aquel á quien quiere matar, sea herido en medio de un gentío numeroso, rodeado de su familia, de sus mas fieles súbditos, envuelto en olas de sangre.»

Aquí, el procurador general espone los pasos de los acusados, la intervencion de Allsop que se ha sustraído á la accion de la justicia, el enganche de Rudio por Carlotti. «En fin, Gomez es tambien enganchado y se completa la banda. Ya está en París y Orsini sale á caballo á ver al Emperador. *No tiene miedo*, dice. No tiene miedo. Y aun cuando solo hubiera existido esta consideracion, era suficiente para conmover á un corazon hidalgo. ¡Qué! al ver ese gran valor, á ese Emperador tan confiado en la fé pública, en la lealtad de la Francia, no habeis dicho interiormente: ¡Le he visto, me he acercado á él, mi mano casi ha tocado la suya, seria una cobarde villanía aprovecharse de su confianza, de su valor para asesinarle en medio de sus súbditos! No, Orsini no ha dicho esto. Orsini repite muchas veces: *No tiene miedo*. ¡Esto no indica un pesar, no es un remordimiento; es una esperanza!

»El complot está patente, el atentado está probado.

»Pero se dirá, este complot lo ha inspirado el amor de la patria. El amor de la patria es el pretesto invocado, una gran palabra empleada por todos los conspiradores. ¿Es el amor de la patria el que hizo obrar á Pieri, el hombre que agitó á su pais, y que le puso en rebelion contra el gobierno regular? No, es la esperanza de que vayan bien sus asuntos. ¿Y Rudio que tiende la mano y que recibe el precio de la sangre que solicita el derecho de derramar? ¿Y Gomez que propone á Orsini hacer todo cuanto se quiera, con tal que le den su salario? ¿Y el mismo Orsini puede hablar en nombre del amor de la patria? Y aun cuando fuera cierto este móvil, no podria ser ni una excusa, ni una atenuacion.

»Ya sé que en la antigüedad, sectas salvajes enseñaban que el amor de la patria podia justificar, hasta el asesinato; sé tambien que aun despues que el Evangelio regeneró la ley pagana, se hallaron hombres, que para excusar la muerte de Enrique IV, permitieron el asesinato político; á esta máxima detestable de la soberanía del fin, solo responderé una cosa. Diré con Bossuet; «¡Qué! ¡Quereis que cada cual sea juez de la vida de su prójimo, de su soberano, de su rey!» ¡Quereis que Dios haya confiado la

vida de cada uno á la conciencia individual de cada cual! ¡Dios que quiere que la justicia investida del derecho de pronunciar sobre la vida de los hombres, se esclarezca por medio de los testimonios, se rodee de pruebas, y lo pese todo en el peso del santuario! ¡Y qué! ¡Quedarán sometida la suerte de los imperios á semejantes caprichos, y podrá decir el asesino, que obra por el bien de la patria! Lo repito con Bossuet: «¿Qué seria de los Estados si se estableciera esa máxima? ¿Qué llegarían á ser? Una carnicería.

»Si el pretendido bien de la patria todo lo excusa, ¿cómo se habia de castigar á los que dijeran que la organizacion del clero es mala en Francia y que matasen á los prelados? Y el asesino vulgar mismo que se desliza en un aposento y que mata á una mujer, ¿no podrá decir tambien: si he cometido una muerte, es porque la sociedad está mal constituida? ¿Dónde se detendria semejante intolerancia? ¿Dónde pararia este ciego derecho?

»Y cuando pienso en Orsini, ¿es posible que haya podido hacerse ilusion? ¿No estuvo un momento en sus manos su patria anhelante y desolada? ¿Y qué hicieron de su patria él y los que profesan sus fanáticas opiniones? La arrojaron en las turbulencias, en los desórdenes, en los incendios, en los fusilamientos sin juicio prévio. En Roma, en Ancona, en Liborna, ocurrieron hechos que espantaron aun á los revolucionarios, y el mismo Orsini fue encargado de poner término en Ancona á tan grandes escesos. ¡Cómo se habia de hacer ilusion, repito, él que decia: «La emigracion se halla dividida en sectas que se detestan recíprocamente.» ¡Cuán violentos y rencorosos son los partidos! Si hubieran tenido efecto los proyectos de los asesinos, ¿sabeis lo que hubiera acontecido? Que estos partidos odiosos se habrian hecho guerra á sí mismos. Hubiérais asistido á aquella escena que hoy traza una fábula de la antigüedad. Un dia desapareció la raza humana, despues se entreabrió la tierra, dejando salir de su seno hombres desconocidos que estaban armados y que se abalanzaron unos á otros: eran los hijos de Cadmo. La historia de los hijos de Cadmo hubiera sido vuestra historia: el dia en que hubiese caído á vuestros pies vuestro enemigo, se os hubiera visto abalanzaros unos contra otros. La patria italiana hubiera sido la tierra de Cadmo: hubiera bebido vuestra sangre, y se hubiese alimentado con vuestros despojos. Lo pasado nos permite presagiar el porvenir.

»La Francia y el mundo han sido milagrosamente salvados. La Providencia ha protegido al Emperador, el Emperador, cuyo valor y confianza no desarmaron el brazo de los asesinos. En el teatro mismo del atentado, en medio de la carnicería, cuando se hallaban aun las víctimas tendidas por tierra, al saber que el Emperador y la Emperatriz se habian salvado, salió de la multitud un grito unánime de júbilo. En breve esta grande aclamacion corrió de boca en boca; todavía resuena, y la campana de los *Te Deum* vibra aun en nuestros oidos.

»Pero me engaño, y pido perdon de mis palabras. No; los esfuerzos de los asesinos hubieran sido impotentes. La Providencia protege al Emperador, y